Año I. Toledo 19 de Agosto de 1899. Núm. 6.º

LA IDEA

SEMANARIO REPUBLICANO
SE PUBLICA LOS SÁBADOS

Dirección y Administración:
Calle Nueva, núm. 16, principal.

Toda la correspondencia se dirigirá á la Administración.
Los originales que se remitan estarán firmados y no se devolverán.

Precios de subscripción.

En Toledo, un trimestre..... 0,75 peseta.
Provincias, íd..... 1,00 »
Número suelto..... 0,05 »
Anuncios y comunicados á precios convencionales.
Pago adelantado.

ERRORES

Con el testimonio irrefutable de personas veraces, hemos sabido que en el pueblo de Villaseca, durante la festividad de la Virgen de las Mercedes, ocupó la Cátedra Sagrada el Ecónomo D. Gerardo Hernández, y desde el púlpito, entre otras lindezas, dijo que los Gobiernos liberales eran unos ladrones, y que las Autoridades locales eran peores que protestantes. Con motivo de estas inconveniencias de lenguaje, se reunió el Ayuntamiento é invitó al Sr. Cura para asistir á la reunión municipal en pleno, donde ratificó su intemperancia, afirmando tiene el púlpito para decir cuanto le dé la gana, y motivando esta actitud una queja oficial del Ayuntamiento de Villaseca, queja que debe estar á estas horas en manos del Sr. Cardenal y del Sr. Gobernador civil.

El hecho se presta á tristes lamentaciones; un intemperante más, importaría muy poco; pero un asaltador del púlpito (y decimos asaltador, porque la Cátedra sagrada no puede ocuparse más que para difundir ideas de paz y misericordia), importa tanto al mundo cristiano, del cual muchos republicanos forman parte, que expone á la consideración de todos el espectáculo nuevo de un Sacerdote tan poco versado en los orígenes históricos de la Iglesia, que adopta el papel de tribuno de la Roma decadente para injuriar ideas que, como las liberales, de que son hijas legítimas las republicanas, traen su abolengo de Jesucristo, primer demócrata que hubo en la faz de la tierra y primer predicador del reinado de la paz en los espíritus.

En las circunstancias actuales tiene el asunto importancia excepcional, porque parece se inicia un movimiento de provocación entre muchos exaltados que llevan el sentimiento religioso á la monomanía, como si el irregular ejercicio de la inteligencia pudiera justificar ó propagar alguna idea grande, y como si la exageración del culto externo, exhibiendo medallas y detalles de indumentaria de más ó menos buen gusto, pudiera hacer á los fanáticos más agradables á los ojos de Dios.

Diríase que el espejismo que padecen los exaltados les lleva al extremo de invertir los términos y proceder de un modo que los desacredita en el terreno de la bondad, y que da patente á los elementos avanzados de prudencia y tolerancia.

¿Lo quieren ellos?, sea; y en el tribunal inapelable de la justicia universal ellos serán los reos, nosotros la acusación privada, y la gran masa indiferente, que aún no ha estudiado á unos y otros, será la acusación fiscal.

Item más: resultaremos los depositarios de la buena doctrina cristiana, de la honrada, de la que costó á Jesucristo Hombre, el sacrificio de su vida por el bien de los demás.

Que cesen los intransigentes en su actitud, aunque no sea más que por amor al Juez Supremo.

INEPCIA Ó.....

Había en cierto pueblo un tal Donato, muy bueno, muy caritativo, servicial como pocos, pero siempre se equivocaba; si daba dinero creyendo socorrer á un necesitado, el socorrido era un tuno corriente y moliente á todo ruedo; creía dotar á una doncella y luego averiguaba que tuvo que ver con la casa de Maternidad; compadecido de la miseria, llagas y semidesnudez de un matrimonio transeunte, le dió albergue, y á la mañana siguiente se encontró el filántropo con el gallinero robado, sin dos de sus mulas, con la matanza de menos y muchos parásitos de más.

En cambio, si se las echaba de enérgico y negaba un socorro, recaía la decisión en algún desvalido; si sembraba temprano, llovía tarde ó no llovía; mina de que él comprase acciones, mina agotada al poco tiempo.

Tanto y tanto desacierto le valieron el que sus convecinos le cambiaran el nombre de Donato por el de D. Yerro.

Una cosa parecida ocurre al Gobierno, salvo lo de bueno, caritativo y servicial; no toma una decisión que no produzca un desastre; puede que lo haga con buena intención, pero de ellas está empedrado el infierno.

Hace Presidentes de las Cámaras á Martínez Campos y á Pidal, y se distancian de él; crea Diputados á su imagen y semejanza, y muchos se le revuelven; asegura que los presupuestos serán votados antes de las vacaciones, y tiene que conformarse con una autorización trimestral.

Todos cuantos fracasos ha sufrido, puede atribuirlos á desgracia, á deslealtad, á reveses de la fortuna, etc., etc.; pero lo que no puede achacar á esto es el justiciable descuido en el asunto de la peste bubónica.

Si no conocía su presencia en Oporto, es responsable del delito de ineptitud, que es delito, pues que expone al País á inenarrables desdichas sin cuento.

Si lo sabía, ¡ah!, entonces es criminal, por haber consentido con su silencio, no sólo el comercio, sin precauciones sanitarias, con Portugal, sino la emigración veraniega de tantas familias españolas á Espinho, Granja y otros puertos del vecino reino.

Si á tantos y tantos males como asuelan á nuestra pobre España hay que agregar el de la peste bubónica, veremos que el Gobierno tratará de echar la responsabilidad sobre los veraneantes, como los sagastinos atribuyen al País la guerra con los Estados Unidos.

De introducir la peste los veraneantes, lo harán por la misma razón que el País empujó á la guerra: en ambos casos, unos y otro no han hecho más que seguir una derrota que, puede afirmarse, no hubieran emprendido si los Gobiernos, cumpliendo con sacratísimo deber, les dieran á conocer á tiempo el inevitable punto de llegada.

De la guerra tuvo la culpa el Gobierno, porque ocultó la deficiencia de los medios con que contábamos y no procuró datos verdad á la Prensa, ni hizo cosa alguna para que directa ó indirectamente se desautorizaran los falsos.

Los prohombres del fusionismo sabían que en nuestra Marina no había ni un solo acorazado y toleraron que Beránger clasificara así á cruceros mal protegidos.

Los prohombres del fusionismo, los políticos *eminentes*, debían saber que la peste se desarrollaba en Portugal, y siguieron la conducta de los prohombres conservadores, lo callaron.

El Gobierno del Sr. Silvela, para evitar responsabilidades, que en este desafortunado País son míticas, tratándose de personajes, dice que el Cónsul de Oporto no comunicó la noticia; que esperaba la declaración oficial, y añade unos cuantos pretextos para sincerarse, como si fuera disculpa para un Gobierno el ignorar el estado sanitario de una población importante de Nación vecina.

Si los Ministros conocían la existencia del azote y lo han callado por no causar perjuicios al Comercio, á la Industria, etc., han obrado contra humanidad, sin tener en cuenta el sabio aforismo: *Salux pópuli suprema lex esto.*

La conducta del Gobierno en tal asunto resulta desastrosa; si ignoraba la presencia del mal, ha pecado por descuido; si lo ocultó á sabiendas, ejecutó un acto justiciable.

Véase como se quiera, siempre aparece un delito, ó el de inepcia ó el de lesa Patria.

Cualquiera de ellos merece ejemplar castigo.

¿Lo sufrirá?

¡Ya verá usted cómo no baja!

La tabla de salvación.

Cuando un individuo cualquiera cae enfermo, por incrédulo que sea en medicina, procura que le asista un Médico con la esperanza de que le cure.

Sucede á veces que se presenta uno que, sin ver al enfermo, promete y asegura su salvación; y bien por consecuencia de una operación peligrosa, ó bien por ignorancia en la ciencia médica, el enfermo, en vez de sanar, se muere.

Otras, por el contrario; llega al lecho del dolor un verdadero sabio, un hombre encanecido en el estudio, que analiza concienzudamente la enfermedad, y que sin haber hecho promesa alguna, reanima aquel cuerpo inanimado y fortalece al enfermo.

He aquí dos casos que precisamente suceden hoy en nuestra vieja España: de un lado los políticos que turnan en el Poder, parecidos á esos charlatanes que, subidos en una mesa y en medio de la plaza pública, ofrecen la sin rival droga, especie de panacea universal, con la cual curan desde la simple erisípela hasta la rebelde tifoidea, y limpian desde la pequeña mancha de aceite hasta el estómago más delicado; de otro, los hombres pensadores, de no común entendimiento y de firme voluntad, que estudian el curso regular y progresivo de cada individuo en particular, para que redunde en beneficio de la colectividad.

Esto promete y puede hacer el Partido republicano, única tabla de salvación á la que puede asirse ese desventurado náufrago que se llama España.

ROGELIO N. PEZ.

¡Ca.....ramba!

Creo que fué Cicerón el que dijo que «la verdadera libertad consistía en ser esclavos de las leyes». Le faltó decir: «cuando éstas sean justas y buenas». Probablemente, el ilustre repúblico entendería que sólo se podían hacer leyes sabias, y, por tanto, justas y buenas; pero aquí, en España, donde lo poco que se estudian las leyes es con objeto de encontrar medios para eludirlas, ¿cómo hemos de tener por cierto y tomar por guía ese sabio precepto?